INTRODUCCIÓN

 Un fragante día de verano, arropada por el canto de los suyos saturando el ambiente, la cigarra voló a la rama y puso huevos, muriendo al poco sin llegar a verlos despeñarse, penetrando en el terreno.

 Transcurridos diecisiete años, luego de desarrollarse bajo el árbol nutriéndose de savia sin perjudicar a sus raíces, las ninfas, convertidas en ejemplares adultos, escarbaron túneles que las conectaran con la superficie.

 Despertaron de su noche interior, el mundo les amanecía.

 Más allá de la inmensa sombra fresca donde se guarecían, un sol de bronce caldeaba el pasto amarillo, encaramándose a una lámina limpia de nubes.

 Era un firmamento con pátina de vivo cardenillo.

 Perduró el brote, faltaban miles por emerger, y al lograrlo, escalaron el tronco, liberadas de su muda a golpe de espasmos. Se desperdigaron perezosamente adaptándose a su actual hábitat, a la que asomaron con el mero fin de devorar, y reproducirse.

 Al principio tímidos, pronto desbocados, los machos de la especie repicaron sus timbales, convocando a las hembras con la monótona cantinela. El enjambre de insectos desentumeció sus alas, por estrenar, batiéndolas con ímpetu y dispersándose por el paisaje, iniciando así un nuevo ciclo.

— 9 —

 Próximo al lugar de enterramiento de las cigarras, en la llanura al pie del altozano, se desplegaba un amplio campo de girasoles lindante con una carretera lejana.

 Las plantas, meticulosamente establecidas en estructuradas hileras, se erguían ceremoniosas en saludo a la luz de la mañana, atendiendo con interés su somnoliento ascenso.

 De rebato, el conjunto de bucólica armonía quedó enturbiado por un zumbido que fue ganando tono paso a paso, proveniente de alguna localización inconcreta, sin determinar, *in crescendo*. Su causante era un automóvil que centelleó en el aire con brevedad, después de abandonar accidentalmente la remota calzada, precipitándose en el sembradío fuera de control.

 A pesar de que pudiera pensarse lo contrario por el estruendo generado, el percance no bastó en detenerlo.

 Imperceptible al ojo humano, sumergido en el mar de soles terrestres que lo aventajaban en talla, continuó su marcha sin alterar un ápice el empuje, internándose y arramblando con las decenas de los impávidos súbditos del astro rey, por desgracia enraizados en su camino.

 A la disonancia del motor revolucionado, a la estridencia del destrozo, del tronchar de tallos, del arrollamiento de capítulos florales aplastados por las ruedas o rebotando en carrocería y cristales, se le unió el de la acústica de una melodía a máximo volumen, derivada de la autorradio de a bordo, y desbordada por las ventanillas cerradas.

 Sonaba una orquesta de jazz compuesta de violonchelo, piano, trompetas y saxofones, guiados por el incansable redoble de la percusión marcando el compás.

 Atravesó el plantío de punta a punta en admirable línea recta, inexorablemente embalado hacia el árbol de la colina, el único distinguible en varios cientos de metros a la redonda.

— 10 —

 En el concierto tocó el turno del solo de batería, consumiendo el postrero trecho al ritmo de bombo y platillos, tan elegantes en su ejecución, que le valieron al arreglista los encendidos elogios de sus colegas y gran parte del público asistente.

 En último extremo, el conductor intentó apartarse de la ruta trazada de un brusco volantazo; desestabilizado por su exceso de velocidad, el coche dio una vuelta de campana antes de empotrarse contra un muro cimentado en la base de la elevación.

 Privado del parachoques y hundido el frontal, se arruinó el radiador, a lo que siguió el estallido de la luna, que traspasaron dos personas impulsadas por la inercia y la aclamación ofrendada a los artistas de la interpretación musical.

 Ella, con pañuelo de seda a la cabeza, lucía un garboso sayo de algodón ceñido al talle por un cinturón ancho; él vestía con aburrida discreción, sin desmerecer a su vera.

 Una joven pareja en volandas sobre el número once pintado de rojo en el capó arrugado, ovacionada por el respetable de la grabación, presumiblemente puesto en pie.

 Los cuerpos aterrizaron ensangrentados, rotos e inertes.

 Batieron palmas desde la pletina.

 Vítores y aplausos menguaron con lentitud hasta desvanecerse, regresando el paraje a su acostumbrada calma.

 Entonces, fue audible el llanto de un bebé procedente de los hierros retorcidos del siniestro.

 Chirriaron las cigarras.

 Trinaron los pájaros.

— 11 —